

Un paseo por el ‘barrio laico’

En el centenario de la muerte del pedagogo y jurista Francisco Giner de los Ríos.

JOSÉ-CARLOS MAINER

LA INVENCIÓN DEL “BARRIO LAICO”

A comienzos de 1935 España digería todavía los sobresaltos del otoño dramático del año anterior, marcado por la entrada de Gil Robles y de la CEDA en el Gobierno derechista de Alejandro Lerroux. Aquella decisión encendió las protestas en todo el país y, sobre todo, fue el motivo indirecto de la efímera proclamación de la República de Cataluña y el directo y explícito de la huelga revolucionaria de Asturias (los alzados tuvieron algo más de mil muertos; las fuerzas del orden, cerca de trescientos; en noviembre había treinta mil personas encarceladas).

Si alguien quiere tomar la temperatura de la incipiente opinión fascista de aquel momento español, conviene que repase las páginas coetáneas del diario vespertino *Informaciones* donde hallará los componentes esenciales de su sintomatología: el miedo y el deseo de venganza que, de vez en cuando, se mezclaban con la jactancia patriótica y la amenaza. Las primeras planas de *Informaciones* anunciaban que se seguían recogiendo “armas y explosivos” en Asturias, a la vez que se regocijaban del éxito de la “excastiza” fiesta de San Antón y

subrayaban las buenas ventas del tradicional roscón de reyes; un día antes de que afirmaran que “el desborde de la criminalidad impone la colaboración ciudadana”, celebraban el resultado del plebiscito del Sarre en el que “ha prevalecido la voluntad del pueblo alemán” (la embajada nazi subvencionaba generosamente el periódico).

Ernesto Giménez Caballero era uno de los más asiduos colaboradores de aquel diario vespertino que contaba con los dineros del millonario Juan March y cuya orientación ultraderechista estaba garantizada desde 1925 por su director, el turbio periodista Juan Pujol. Giménez, sin embargo, provenía de la más selecta prensa liberal, de *El Sol*, y durante años había logrado con brillantez ser, a la vez, un promotor de la joven literatura vanguardista, el inventor de un personalísimo fascismo cultural y un apasionado portavoz del nacionalismo de abolengo liberal, todo en las páginas de *La Gaceta Literaria*. Su revista murió en 1932, el mismo año en que un libro suyo, *Genio de España. Exaltaciones a una resurrección nacional. Y del mundo*, escenificó la ruptura con su mundo anterior e inauguró una deriva intelectual que todavía iluminaron aquí y allá, y siempre a vuelta de sus disparates, algunos destellos de la agilidad mental y la intuición certera que había tenido en otro tiempo.

Algo de ambas cosas hay, por ejemplo, en el artículo de primera plana de *Informaciones*, del sábado 26 de enero de 1935, titulado ‘Secretos de Madrid. El barrio laico’. Giménez era madrileño de nacimiento (y madrileñista) y confesaba haber fijado su atención en el rápido crecimiento reciente de “el punto más interesante de la capital de España”: el espacio urbano que vertebraba la reciente prolongación del Paseo de la Castellana, divisoria de la parte más moderna de los barrios de Salamanca y Chamberí. Pensaba hallarse ante la expansión más significativa de la ciudad, tras la prolongación del Paseo de Recoletos y las consolidación del ensanche promovido por el banquero Salamanca a mediados del XIX. Y si esta tuvo como consecuencia “el nacimiento del señoritismo” y la “decadencia monárquica”, el reciente estirón urbano había sido, sin duda, el comienzo de “el barrio laico. La sede del Madrid republicano. El Madrid del 14

de abril”. Allí, en el inicio de la nueva avenida (y previo el derribo del hipódromo), el régimen se afanaba en construir los nuevos ministerios que serán “el Alcázar de la segunda república española. La Suprema Covachuela de la capital republicana. De un régimen cuyo ideal solo puede estar en el naturalismo y en el enchufe. En el Pacifismo idílico y en la Burocracia pancista”. Pero también aquel lugar es donde los sucesores de la declinante aristocracia decimonónica, que a la fecha era “la clase media liberal madrileña”, había decidido habitar las urbanizaciones del final de la calle de Serrano, “buscando el paisaje alpino –nieve y pinares– que les diera la ilusión de vivir en una Europa nórdica y protestante [...]. Un paisaje europeo, filosófico, criticista, científico, vuelto de espaldas al páramo ibérico por donde nuestros místicos y escritores clásicos vertieran su arcaico corazón católico”.

Y todo tenía un culpable principal: “Fundador de este barrio fue Francisco Giner de los Ríos, aquel solitario que se iba a la sierra del Guadarrama para desde allí trazar los planos de una España laica, naturalista, racionalista, anticatólica, de un Madrid sin Alcázar regio, sin olor de agua bendita e incienso de procesiones, sin sangre de toros”. El modesto vecino de la vieja casa del Paseo del Obelisco (ya entonces calle de Martínez Campos), donde la Institución Libre de Enseñanza tenía (y tiene) su asiento, había sido el secreto inventor de “un Madrid orientado al culto del árbol, del sol, del desnudismo, del estudio del inglés y del alemán, del deporte anglosajón y del credo socialista”. Y siguieron sus pasos los intelectuales que, como Ortega, Marañón, Luzuriaga y Madariaga habían ido a vivir –Giménez lo sabía bien, porque trataba a todos– a las “colonias” de chalets racionalistas (de “hoteles cubistas”, dice el inventor del barrio laico), como las de Parque-Residencia y El Viso, que entre 1934 y 1936 había diseñado Rafael Bergamín, el hermano del escritor de su apellido, con la colaboración del poeta y arquitecto Luis Felipe Vivanco (que era además su sobrino y que había sucedido en ese menester a su colega Luis Blanco Soler).

Después de 1939, la clase media intelectual y progresista siguió habitando aquellas colonias que, casi indemnes, flanquean todavía el

tramo final de Serrano. Los Nuevos Ministerios tuvieron peor destino: ya habían formado parte de un proyecto de urbanización del norte de la ciudad, diseñado en 1929 por Secundino Zuazo y Hermann Hansen, pero su ejecución –a partir de 1932– fue empeño del ministro socialista Indalecio Prieto que contó con Zuazo y que vinculó la construcción a la perforación de un túnel ferroviario subterráneo que enlazaría la vieja estación de Atocha y la nueva que se proyectaba en la zona de Chamartín. Zuazo se exilió en 1939 y el franquismo simplificó y alteró el diseño de los ministerios, que dio por concluidos en 1942. Y, desdeñando la inquina antirrepublicana que había bautizado los enlaces ferroviarios como “túnel de la risa”, reanudó la construcción del largo subterráneo y la estación correspondiente, que se estrenó por fin en 1967.

CARTOGRAFÍA

DE UN ESPÍRITU PEDAGÓGICO Y LIBERAL

Giménez Caballero no cita más ejemplos de los lugares y de los “pobladores heréticos del barrio laico”. Pero en algún otro momento de sus colaboraciones mencionó con sorna alguno de ellos y, entre otros, los edificios de la Residencia de Estudiantes (creada en 1910 por la Junta para Ampliación de Estudios) que, desde 1915, ocuparon los altos del Hipódromo, enclave que Juan Ramón Jiménez rebautizó como “colina de los chopos”. Los pabellones diseñados por Antonio Flórez son una grata mezcla de arquitectura tradicional en ladrillo, un toque de simplicidad moderna y otro de sofisticación de balneario de montaña; al poco de su inauguración, significaron la redención de aquellas pensiones de estables que venían acogiendo la vida estudiantil, además de constituirse en un lugar de encuentro intelectual, una editorial de libros muy importantes y sede de una Sociedad de Cursos y Conferencias, que trajo a Madrid lo más granado de la cultura europea del momento.

La Residencia había ocupado antes un chaletito en la cercana calle de Fortuny que, precisamente desde 1915, albergó una paralela Residencia de Señoritas, que organizó y dirigió la pedagoga María

de Maeztu. En 1933 los arquitectos Arniches y Martín Domínguez construyeron el airoso y simple edificio que, en la actualidad, es sede de la Fundación Ortega-Marañón. Pero la Residencia femenina también estuvo acogida un tiempo a la hospitalidad del Instituto Internacional, otro importante inmueble del “barrio laico” que tiene más larga historia. Su sede actual, en la calle de Miguel Ángel, muy cerca de Fortuny, se construyó en 1910 como centro educativo para muchachas americanas y españolas. Fue obra del matrimonio de misioneros protestantes formado por William y Alice Gulick que, desde 1871, venían creando centros de enseñanza aconfesional en el norte de España. En 1901 habían decidido establecerse en Madrid, donde contaban con la amistad, la convergencia de ideas y el apoyo práctico de las gentes de la Institución Libre de Enseñanza: Francisco Giner de los Ríos, Manuel B. Cossío y Gumersindo de Azcárate, que era además su representante legal. El Instituto tenía su dirección en Boston y su colegio español, bajo la dirección de Susan Huntington, conoció desde entonces sus mejores momentos. Aparte de sus propias actividades docentes, fue la primera sede del Instituto-Escuela (otra importante creación de la Junta para Ampliación de Estudios, en 1918) y en 1926 acogió al Lyceum Club, creado por María de Maeztu como centro de actividades feministas, al modo de su homónimo londinense. Lo integraron Carmen Baroja, Zenobia Camprubí, Concha Méndez, Ernestina de Champourcín, Mabel Rick y Rosa Spottorno, entre otras socias, a las que los maledicentes –sabiendo que todas eran hermanas o esposas de intelectuales de nota– dieron en llamar “las maridas”. Nuestro inevitable Giménez Caballero les dedicó tres delirantes trabajos: el primero, ‘El feminismo en mi República’, fue continuado en ‘Folletín dieciochesco. Las mujeres de Cogul [sic]’ en los números 3, 4 y 6 (noviembre de 1931-febrero de 1932) de *El Robinson Literario de España*, que fueron entregas especiales de su revista *La Gaceta Literaria*, redactados íntegramente por él. “Todas ellas”, escribía Giménez de aquellas “maridas”, “se pusieron al servicio de la revolución pequeño-burguesa que estalló en Cogul”. Y, al cabo, consiguieron “el triunfo de la ginococracia”...

Tiempo después, en el año 1950, el Instituto Internacional cedió la mitad de su edificio a las actividades del Colegio Estudio, último vástago del espíritu de la Institución, que había sido fundado diez años antes por Jimena Menéndez Pidal, Carmen García del Diestro y Ángeles Gasset. Y, por supuesto, ninguno de los inmuebles que se han mencionado andaba muy lejos de la propia sede de la Institución (desde 1884), que era también la vivienda de Manuel Bartolomé Cossío y su familia, quienes alojaron siempre al soltero Francisco Giner de los Ríos. Y al lado, estaba la casa familiar de Ricardo Rubio, cofundador y profesor de la Institución. Doscientos metros más allá de su domicilio de la calle de Martínez Campos, y solo cambiando de acera, no costaba mucho encontrar la residencia madrileña del pintor Joaquín Sorolla que, entre 1910 y 1911, la había hecho construir como estudio y lugar de exposición de sus cuadros y de su importante colección de muebles y cerámicas españolas: una suerte de expresiva “casa della vita”, como la de Mario Praz en Roma. Sorolla era buen amigo de los institucionistas, compartía con Cossío su admiración por la alfarería popular y con todos, su patriotismo crítico y nada belicoso (que es, en verdad, la ideología subyacente en la preciosa serie de lienzos murales que pintó para la biblioteca de la Hispanic Society neoyorquina, de Archer M. Huntington; su nombre oficial es “Regiones de España”, pero el artista siempre prefirió llamarlos “Visión de España”). La casa se había pagado con los dineros que le abonó el potentado norteamericano por aquella decoración y por la serie de retratos de intelectuales españoles que también hizo a sus expensas, siguiendo la lista establecida por Juan Ramón Jiménez: los de los institucionistas revelan especial el afecto que Sorolla sintió por sus ilustres vecinos.

A su muerte, el pintor dispuso que la casa, con todas sus pertenencias, pasara a propiedad del Estado. Y en 1932 la República la abrió como Museo. Por todas estas razones, también es otra parada obligatoria del “barrio laico”. Como lo es en cierto modo –y tampoco anda muy lejos– el Museo de Ciencias Naturales, cuya cúpula contemplan los huéspedes de la Residencia de Estudiantes, ya que se construyó

en la falda de los altos del Hipódromo. El edificio se hizo para la Exposición Nacional de la Industria y las Artes de 1881 y se destinó en 1907 a su actual uso a instancias de su director, el naturalista y entomólogo Ignacio Bolívar, que de joven había sido krausista y se vinculó a la Institución Libre de Enseñanza; fiel a ella, fue el último presidente de la Junta para Ampliación de Estudios y se exilió en Francia y en México, a punto ya de cumplir los noventa años.

HOMENAJE Y PROPOSICIÓN

El 18 de febrero de este año de 2015 se cumplieron 100 años de la muerte de Francisco Giner de los Ríos. Nada de cuanto podamos escribir hoy al propósito (y se han publicado ya necrológicas excelentes) tendrá el sentido de la oportunidad histórica, la densidad afectiva y la admiración irrestricta que en 1915 tuvieron los textos de gentes muy diversas, e incluso dispares, que consagraron unas cuartillas a su memoria: desde su amiga de juventud Emilia Pardo Bazán, tan conservadora, al Ortega más combativo de la Liga de Educación Política; desde el circunspecto y maurista Azorín al fogoso y lírico Juan Ramón Jiménez, tan vinculado afectivamente al mundo de la Institución; desde Antonio Machado, un antiguo alumno, cada vez más radical, a Miguel de Unamuno cada vez más preso del “sentimiento trágico de la vida”. Ningún español de su tiempo recibió una guirnalda tan rica de unánimes y merecidos elogios, quizá porque todos los réquiem hablan tanto o más de sus oficiantes que de sus destinatarios. Y entonces había mucho que hablar acerca de todo...

Pero, a veces, el exabrupto de un enemigo puede ser también parte de un réquiem y este es –me parece– el caso de la invención del “barrio laico” y de la imputación de su fundación a Francisco Giner de los Ríos, por parte de Ernesto Giménez Caballero. El escritor puso el dedo en la llaga al bautizarlo... Y es que la vieja batalla del laicismo como forma superior de la vida cívica –lo que esos edificios representan, a fin de cuentas– todavía dista mucho de estar ganada entre nosotros, porque unas veces la docilidad ante la costumbre inmemorial y otras la debilidad ante la intransigencia nos hacen acep-

tar compromisos indecorosos. Esta concepción laica de la vida es la parte más viva del legado del pedagogo y jurista Giner que quiso (y logró en parte) cambiar la sensibilidad española: el hombre que prefirió el patriotismo del paisaje al patriotismo de la historia heroica, la persuasión serena a la disputa agria y la ejemplaridad natural frente al adoctrinamiento avieso. Cuando Giner se definía como “cada vez más radical y con la camisa más limpia”, la broma nos recordaba también que en la vida colectiva hay convicciones innegociables –la justicia, la libertad de pensamiento, el ideal de igualdad– que deben ser compatibles con la camisa blanca del rigor moral, la proscripción de toda demagogia y el ejercicio de la buena crianza.

No está de más tenerlo presente en este centenario que ha llegado en una sazón en la que, como sucedió en 1915, todo parece lleno de inminencias y casi todo parece haber envejecido bruscamente. Aquel barrio laico de Madrid no fue una invención de Giner pero sí fue la huella perdurable de su acción y, en pureza, algo que prevaleció contra la (mala) intención de la denuncia del zascandil Giménez Caballero. Tantos años después, su discreta y larga supervivencia, casi una victoria, merece un recuerdo emocionado de sus edificios y su significado.

Y quizá, porque las nuevas costumbres así lo demandan, haya que proponer su inclusión entre los paseos históricos de Madrid: si algún concejal o concejala de cultura con sensibilidad histórica así lo hace, valdrá la pena que alguna de las placas que se pongan preserve el nombre de “barrio laico” que le dio un escritor tan escasamente recomendable en cuanto ciudadano como importante de la historia de las letras españolas.



JOSÉ-CARLOS MAINER ES CATEDRÁTICO EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA E HISTORIADOR DE LA LITERATURA. AUTOR DE UNA BIOGRAFÍA DE *PÍO BAROJA* Y LA SEGUNDA EDICIÓN MUY AMPLIADA DE *FALANGE Y LITERATURA. ANTOLOGÍA*.